Capítulo VII

LA SALVACIÓN, EL HOMBRE Y EL MÁS ALLÁ

Con las acostumbradas bellas ilustraciones en colores, el folleto *¡Disfrute para siempre de la vida en la Tierra!* presenta así el plan de salvación atalayista:

> «¿Quisiera vivir para siempre en ese bello paraíso? Entonces aprenda más acerca de lo que Dios dice. Trate de aprender a leer la Biblia... Aprenda más acerca de Jesús ... Trate de hacer sólo lo bueno y de obedecer a Jehová ... Debemos orar a Dios ... debemos obedecer a Jesús y poner fe en él».

En otra obra reciente, se menciona la «fe en Jehová», para agregar de inmediato que «se necesita más que solamente fe».[1] Todo esto resulta confuso e inconsistente. Sin embargo, la concepción que del plan de salvación tienen los *Testigos* se aclara considerablemente cuando después de decir que es necesario tener fe en la sangre de Cristo, y que hay que dedicarse a Dios por medio de Jesús, agregan: «La persona dedicada está ahora *en posición para ser justificada* o declarada justa por Dios» (cursivas mías).

El lector sagaz habrá notado que los atalayistas siguen

toda clase de rodeos y circunloquios para evitar decir directamente que toda persona que quiera ser salva debe tener *fe en Jesucristo*, en su persona y su obra. En cambio, nos dicen que para ser súbdito del reino de «Jehová» se necesitan estas tres cosas: conocimiento, conducta justa y lealtad al gobierno de Dios.[2]

¡Realmente ponen el carro delante de los caballos! La biblia enseña que *la condición esencial, indispensable y suficiente* para la salvación es aceptar por fe a Jesucristo como Señor y Salvador. A los que creen en él, Cristo «les dio derecho de ser hechos hijos de Dios» (Jn. 1: 12). Todo aquel que cree en Cristo *tiene vida eterna* (Jn. 1: 12; 3: 15). Al carcelero de Filipos, Pablo y Silas le dijeron: «Cree en el Señor Jesús y serás salvo, tú y tu casa.» (Hch. 16: 31). Pablo también escribió:

> «Esta es la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo para todos los que creen... siendo justificados gratuitamente por su gracia...» (Ro. 3: 22,24).

> «Así que todos sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús.» (Gál 3: 26)

> «Porque por gracia sois salvos, por medio de la fe; y esto no es de vosotros, pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe» (Ef. 2: 8s)

¡El requisito básico e indispensable para la salvación es la fe en Cristo! La obediencia y las buenas obras son una obligada *consecuencia* de dicha fe salvífica, pero jamás pueden reemplazarla.

En oposición a la clara enseñanza bíblica, los *Testigos* presentan un plan de salvación basado mayormente en las obras, en el cual la muerte expiatoria de Jesús es solamente un primer paso, necesario pero insuficiente, hacia la

justificación. En los escritos atalayistas, la fe en Cristo se toca muy tangencialmente o no se menciona en absoluto, cuando es en verdad *el único fundamento bíblico de la salvación*.

Jesús dijo: «A menos que uno nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Jn. 3: 3, cf. 3: 5). Los apóstoles también compararon la experiencia de conversión con un nuevo nacimiento.[3] *Este no es un asunto accesorio o circunstancial, sino el corazón mismo del evangelio.* Si los *Testigos* no lo enseñan claramente, es porque son ciegos que pretenden guiar a otros ciegos, o porque son engañadores deliberados.

Tengo para mí que los «ungidos» del Cuerpo Gobernante pertenecen a esta última categoría. En cambio, la mayoría de los proclamadores que van de casa en casa me parecen sinceramente equivocados. Empero, su sinceridad no les ayudará en el día del juicio, pues ellos dicen ver claramente; por tanto están bajo el anatema de Dios:

> «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora porque decís "Vemos", vuestro pecado permanece» (Jn. 9:41)

La mayor manifestación de esta ceguera se evidencia en el hecho de la *falta de seguridad en la propia salvación que todo* Testigo *experimenta*. ¿De qué sirve pertenecer a la «única verdadera organización terrenal de Dios», si con ello no pueden tener ninguna certeza de la propia salvación?

El hombre, ¿es un alma?

La *antropología*, o doctrina del hombre, que los *Testigos* han desarrollado, es tan obtusa como el resto de sus enseñanzas. Así, enseñan que el hombre no tiene un alma, sino que *es* un alma. Desde luego, el alma así definida es

mortal. Según los atalayistas, la creencia en la inmortalidad del alma

> «no tiene apoyo bíblico. La Biblia manifiesta que tanto el hombre como la bestia *son almas*... No hay un solo texto en la Biblia que declare que el alma humana es inmortal.»[4]

> «El hombre no es inherentemente inmortal ... La Biblia no dice que el hombre tiene, o que se le haya dado, un alma ... ser un alma no es lo mismo que tener un alma.»[5]

Con referencia al lugar o ámbito en el cual permanecen aquellos que fallecen, que en el Antiguo y Nuevo Testamentos se denominan respectivamente *sheol* y *hades*, los *Testigos* insisten en que se trata de la fosa o sepulcro, un lugar de inconsciencia e inexistencia:

> «La pregunta es: ¿Qué clase de lugar es el Seol o Hades? El hecho de que la *Versión Valera* de 1934 traduzca la misma palabra hebrea *Sheol* de las diferentes maneras ya indicadas muestra que *infierno, sepulcro* o *sepultura* y *fosa* significan la mismísima cosa. Y si el infierno significa el sepulcro común de la humanidad, no podría a la misma vez significar un lugar de tormento por fuego».[6]

Las tesis atalayistas se basan en premisas falsas sobre el significado de los términos referidos al alma y al más allá. A continuación analizaremos las referidas premisas.

1. *Suponen que los vocablos* **nefesh** *y* **psyje** *significan «ser viviente» siempre y en cualquier contexto*

Es cierto que el vocablo hebreo *néfesh* y el griego *psyjë* pueden significar «ser viviente» en algunos casos; por

ejemplo «el hombre vino a ser alma viviente» (Gn. 2: 7,TNM, cf. 1: 21,24); «El alma que pecare, esa morirá» (Ez. 18: 4).[7] Sin embargo, la restricción y precisión de significado que los *Testigos* defienden es por completo arbitraria.

Por no citar sino unos pocos ejemplos, *néfesh* debe traducirse, según el contexto, «hambre», «necesidad», «anhelo», «aspiración», etc. En Génesis 3: 19 significa «alimento», y en Levítico 17: 11, «principio vital». En cuanto al griego *psyjë*, si siempre significara «ser viviente», los siguientes pasajes serían incomprensibles o francamente contradictorios:

1 Tesalonicenses 5: 23, «cuerpo, alma y espíritu»
Hebreos 4: 12, «palabra viva» (= eficaz)
Mateo 10: 28, «cuerpo y alma»
Apocalipsis 6: 9 = 20: 4, ¡«las almas de los muertos»!

El significado más frecuente tanto de *néfesh* como de *psyjë* es el del *yo psicológico consciente* del hombre.[8] Existe una estrecha vinculación entre el concepto de alma (*néfesh, psyjë*) y el de espíritu (hebreo *ruaj*, griego *pneuma*). El espíritu podría describirse como el principio de la vida inteligente presente en el hombre, que le hace asemejarse a Dios (Gn. 2: 7).

Así, el carácter *personal* del hombre depende de su espíritu, pero su personalidad individual y concreta constituye su alma. Claro está que existe cierta superposición entre los conceptos de alma y de espíritu, al punto que a veces son identificados entre sí.[9]

En honor a la verdad, hay que reconocer que la biblia no afirma *explícitamente* la inmortalidad del alma humana; además, dice claramente que sólo Dios es inmortal en sí mismo.[10] Sin embargo, la Escritura enseña la *continuidad de la existencia humana más allá de la tumba*. En la muerte, el alma se separa del cuerpo, y el espíritu humano sobrevive a la muerte física:

Génesis 2: 7, «Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente.»

Génesis 35: 18, «entonces ella, al exhalar el alma, cuando se moría...»

1 Reyes 17: 22, «Yahveh escuchó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él y revivió»

Job 32: 8, «Pero en verdad, es un soplo en el hombre, es el espíritu de Sadday [el Todopoderoso] lo que hace inteligente»

Eclesiastés 12: 5,7, «el hombre se va a su eterna morada... vuelva el polvo a la tierra, ... y el espíritu vuelva a Dios, que es quien lo dio»

Salmo 31: 6, *Lucas* 23: 46, Hechos 7: 59, »en tus manos mi espíritu encomiendo»

Mateo 10: 28, «No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar al alma»

1 Corintios 2: 11, «¿quién de los hombres conoce las cosas profundas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?»

Apocalipsis 6: 9s (cf. 20: 4-6), «vi debajo del altar las almas de los que habían sido muertos... Y clamaban a gran voz...»

2. *Los testigos suponen que la muerte es la simple cesación de la existencia*

Un libro atalayista dice:

> «La muerte es lo opuesto a la vida ... el hombre desobedeció, y la pena fue la muerte, la inconsciencia, la no existencia ... Lo que todos los hombres han heredado de Adán es la muerte, la vuelta al polvo».[11]

La *Sociedad Atalaya* enseña que los términos hebreo *sheol* y griego *hades*, que se emplean respectivamente en el

Antiguo y en el Nuevo Testamento para designar la morada de los muertos, significan lisa y llanamente la fosa, la tumba, el sepulcro.

> «La palabra original en ambos idiomas significa el sepulcro común de la humanidad, una condición en la que no están a la vista los muertos y enterrados. Allí es donde el Hijo de Dios estuvo por tres días, igual que Jonás.»[12]

Mencionar el caso de Jonás no contribuye en absoluto a la tesis atalayista, pues este profeta estuvo evidentemente *consciente* en las entrañas del pez que metafóricamente llamó *sheol* (Jon. 2: 2). Cuando se dice que los muertos nada saben, es con expresa referencia a los *acontecimientos terrenales* (Ec. 9: 5), lo que no implica inconsciencia sino ignorancia.

Por lo demás, los textos que se refieren a los muertos como de quienes «duermen» hacen con frecuencia hincapié en que incluso dicho estado de aparente inconsciencia es de naturaleza *transitoria*. Lo que «duerme» es el cuerpo; se trata aparentemente de una condición irreversible y sin esperanza, pero los creyentes sabemos que esto no es así. Por ejemplo, Esteban murió confiado en que iba a la presencia de su Señor.[13]

Si bien tanto seol como hades pueden ocasionalmente traducirse en el sentido del destino «final», y así superponerse su significado con el de «sepulcro», el hecho es que tanto en hebreo como en griego hay palabras específicas que tienen tal significado: *keber* y *mnema* o *mnemeion*, respectivamente.

El uso de estas palabras es diferente del de seol y hades; por ejemplo, hay numerosas referencias al *keber* o al *mnema* de tal o cual persona, pero jamás al seol o hades de alguien. Todos los muertos tienen un sepulcro, pero ninguno *tiene* un seol o hades.[14] Ello indica que en un caso se trata de la

tumba, y en el otro, de un lugar de subsistencia espiritual, de ultratumba.

Perecer no significa «dejar de existir por completo». Por ejemplo, se dice que el mundo antiguo pereció en el diluvio, pero ciertamente *no fue aniquilado*; igualmente, este mundo actual perecerá, lo que no implica su desaparición, sino su transformación (2 P. 3: 6,13; He. 1: 11; cf. Ap. 21: 1).

En realidad, la biblia no se refiere a la muerte como a un simple cese de la existencia, sino particularmente como a una *separación*. Entre las palabras que se emplean para describirla encontramos términos que sugieren fuertemente la idea de separación, como el hebreo *maveth*, y el griego *anairesis*, empleados, por ejemplo, en Génesis 25: 11 y Hebreos 8: 1, respectivamente.

Siempre dentro de esta noción de separación, hay una muerte espiritual, una muerte física y una muerte segunda. La muerte espiritual fue primeramente experimentada por Adán cuando pecó y fue expulsado de la presencia de Dios; ese día, «ciertamente murió» (Gn. 2: 16s, cf. 3: 22-24). Todo ser humano está muerto en sus pecados, separado de Dios, pero puede pasar de muerte a vida, por la fe en Jesucristo.[15]

La muerte física es la separación entre el cuerpo y el alma. Ya en el Antiguo Testamento se indicaba que los muertos subsistían de alguna forma, hasta tal punto que se prohibía expresamente invocarlos. En la muerte física, el alma se separa del cuerpo, mas puede retornar a éste si la persona resucita. También se enseña que los justos estarán con Dios aunque sus cuerpos se corrompan. Todo esto se enseña con mayor claridad aún en el Nuevo Testamento.[16]

La muerte segunda solamente se menciona así en Apocalipsis (2: 11; 20: 6,14; 21: 8). Nuevamente está implícita la idea de *separación*. La muerte segunda sigue a la resurrección física de los impíos, y es la perpetua separación de Dios en cuerpo y en alma (cf. Mt. 10: 28).

Además de las citadas pruebas de carácter general, diversos episodios registrados en la biblia nos hablan de la vida después de la muerte. Los evangelios dan testimonio de que, durante la transfiguración de Jesús, Moisés y Elías hablaron con él (Mt. 17: 3). Asimismo, el propio Jesús dijo que los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob estaban vivos para Dios, quien «no es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos viven» (Lc. 20: 38).

La parábola del rico y Lázaro, registrada en Lucas 16: 19-31, es otro claro ejemplo, dado por Jesús, que atestigua la persistencia de la conciencia en el más allá. Tal vez por esto, los Testigos le han buscado diversas «explicaciones» alternativas; mas éstas no bastan para ocultar la clara enseñanza del Maestro sobre la justa retribución de Dios en el más allá. Cuando quienes menosprecian la lección de esta parábola deban enfrentar el juicio de Yahveh Dios, ¡no podrán alegar ignorancia!

Entre los apóstoles, tanto Pablo como Pedro se refirieron a su propia muerte como a una partida:

Filipenses 1: 23s, «Tengo el deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedarme en la carne es más necesario por causa de vosotros.»

2 Timoteo 4: 6, «Porque yo ya estoy a punto de ser ofrecido en sacrificio, y el tiempo de mi partida ha llegado.»

2 Pedro 1: 14s, «dentro de poco tengo que dejar mi tabernáculo ... procuraré con empeño que, después de mi partida, vosotros podáis tener memoria de estas cosas.»

La TNM tergiversa lo dicho por Pablo, al traducir la palabra *analysis* e incluso el verbo *analuö* como «liberación», en lugar de «partida» y «partir». Tal traducción no es etimológicamente imposible, pero queda desautorizada por el contexto. En efecto, el apóstol claramente pone en contraste su *partida* con su *permanencia* en el cuerpo.

Además, Pablo declara enfáticamente que, para él,

«morir es ganancia». ¿Querrán los *Testigos* que creamos que Pablo aguardaba con tanta ansiedad el momento de sumirse en la inconciencia del «sepulcro común de la humanidad»? Por el contrario, él obviamente sabía que después de morir, estaría de inmediato y para siempre con su amado Señor.

De todos modos, ni siquiera la *Traducción del Nuevo Mundo* se atreve a traducir la palabra griega *exodos*, «partida», como «liberación». Esta palabra aparece en 2 Pedro 1: 15, que habla del mismo asunto que Filipenses 1: 23s, y en un contexto similar. La declaración de Pedro demuestra sin disputa posible que los apóstoles consideraban su propia muerte no como un estado de inexistencia o inconciencia, sino como una partida hacia un mejor lugar.

Tal partida ocurre cuando el alma abandona el cuerpo corruptible para entrar en la presencia de Cristo. Así, en 2 Corintios 5: 1-10 Pablo enseñó que, cuando un creyente muere, pasa *inmediatamente* a la presencia de su Señor, aunque «desvestido», como un alma sin cuerpo.[17] Pablo ciertamente deseaba un cuerpo inmortal e incorruptible, pero más anhelaba estar con su Señor. La TNM dice:

> «sabemos que, mientras tengamos nuestro hogar en el cuerpo, estamos ausentes del Señor ... Pero tenemos buen ánimo y preferiblemente nos place bien ausentarnos del cuerpo y hacer nuestro hogar con el Señor» (2 Cor 5: 6,8).[18]

En los versículos 6 y 8 se encuentra el contraste entre nuestra presencia en el cuerpo, y ausencia del Señor, y nuestra presencia ante el Señor, estando ausentes del cuerpo. Como escribimos en otro sitio:

> «Pablo directamente afirma aquí que los creyentes debieran preferir ser «desnudados» [privados de su cuerpo] si en esta condición por lo demás indeseable ellos van a tener plena comunión con Jesucristo. Pablo claramente prefería perder su cuerpo terrenal... para estar con su Señor.»[19]

El Apóstol continuó diciendo que debemos procurar agradar siempre al Señor, puesto que seremos juzgados por lo que hicimos «por medio del cuerpo» (v. 9s). Inspirado por el Espíritu Santo, Pablo también afirmó que *ni la muerte* puede separar a los creyentes del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. Si la muerte fuese un estado de inexistencia, en ella estaríamos, siquiera temporalmente, apartados del amor de Dios.

El Señor Jesús nunca habló de la resurrección de su alma, sino de la resurrección de su *cuerpo*, el cual, de acuerdo a la profecía y según el testimonio apostólico, *«no vio corrupción»* (Hech 2: 31, cf. Juan 2: 21). Lo que queda sin vida y se corrompe luego de la muerte física es el cuerpo.[20] Pablo habló de la relación entre nuestro cuerpo actual y nuestro futuro cuerpo glorificado, con estas palabras:

> «lo que tú siembras no llega a tener vida a menos que muera. Y lo que siembras, no es el cuerpo que ha de salir, sino el mero grano ... Dios le da un cuerpo como quiere, a cada semilla su propio cuerpo ... Así también en la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, se resucita en incorrupción. Se siembra en deshonra; se resucita con gloria. Se siembra en debilidad; se resucita con poder. Se siembra cuerpo natural; se resucita cuerpo espiritual ... Y así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial» (1 Co. 15: 36-38, 42-44,49)

En resumen, el primer cuerpo, corruptible, ha de ser transformado por el poder de Dios cuando Jesús retorne por

los suyos (1 Co. 15 ; 1 Ts. 4: 13-17). Entonces los creyentes muertos resucitarán *físicamente* con cuerpos gloriosos, y los cuerpos de los creyentes todavía vivos serán transformados de igual manera, dice Pablo, porque «es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción», a fin de que recibamos en herencia eterna el Reino de Dios (1 Co. 15: 50,53).

Por si quedare alguna duda acerca de la supervivencia del alma, recordaremos las palabras del Señor Jesucristo:

> «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Más bien, temed a aquel que puede destruir tanto el alma como el cuerpo en el infierno» (Mt. 10: 28)

Los *Testigos* concluyen de este versículo que «no es imposible que el Dios Todopoderoso destruya el alma humana, le ponga fin a su existencia».[21] Esta inadecuada conclusión se basa en el erróneo concepto de la muerte como una aniquilación total. Por el contrario, en este versículo Jesús nos habla de la muerte física (cuerpo) y de la muerte segunda: cuerpo y alma.

Infortunadamente para la tesis atalayista, *apollymi*, «destruir» no significa «ser llevado a la no-existencia», sino perderse, arruinarse por completo. Es el vocablo empleado en las palabras de Jesús:

> «Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala y échala de ti. Porque es mejor para ti que se *pierda* uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.» (Mt. 5: 30)

También se emplea en las palabras del Señor en Mateo 10: 39 sobre «perder la propia vida» . Asimismo, es el vocablo empleado por él cuando hizo referencia a las «ovejas *perdidas* de la casa de Israel» (Mt. 10: 6). Evidentemente,

las tales no estaban aniquiladas sino extraviadas, alejadas de Dios y sin esperanza. Justamente, el Señor fue enviado para que quien en El crea no se *pierda*, mas tenga vida eterna (Jn. 3: 16).

En el contexto de Mateo 10, la perdición es, como escribe un erudito, «un fracaso definitivo; no solamente la disolución de la existencia física, sino... un destino mortal carente de esperanza».[22] La eterna perdición es el desastre final de una eternidad sin Dios.

Señalemos por último que el asunto fundamental al que Jesús hizo referencia es a la importancia de temer a Dios antes que a los hombres; éstos nada pueden contra el alma aunque puedan matar el cuerpo, de lo cual se deduce que el alma sobrevive a la muerte física.

3. *Según los Testigos, la* **gehenna** *o infierno es un lugar de aniquilación completa*

En el libro *Sea Dios Veraz* dicen los atalayistas:

> «La palabra *Gehenna*... se refiere, no al infierno, sino al "valle de Hinnon"... [que] se usaba como crematorio o incinerador ... Por esta razón llegó a ser un símbolo, no del tormento eterno, sino del estado de condenación eterna. Las llamas eran símbolo de la condenación completa y eterna que sufrirán todos los enemigos voluntarios de Dios y de su reino, y de la cual no hay recobro ni resurrección.»[23]

En otra obra son todavía más explícitos:

> «El infierno no pudiera ser un lugar de tormento porque tal idea nunca entró en la mente o el corazón de Dios. Además, el atormentar o torturar personas eternamente porque hubiera cometido males en la Tierra por unos cuantos años es contrario la justicia».[24]

Por lo expuesto, los *Testigos* consideran a la doctrina del castigo eterno de los malvados «irrazonable», «carente por completo de apoyo bíblico» y un dogma «contrario al amor de Dios» y «repugnante a la justicia».[25]

Sin embargo, las mismas palabras que se emplean en la biblia con referencia a esta ruina indescriptible deberían servirnos de gravísima advertencia:

Apolymi, ruina, destrucción: Mateo 10: 28.
Olezros, perdición: 2 Tesalonicenses 1: 9.
Basaniathesontai, tormento: Apocalipsis 20: 10.
Basanos, basanismos, tortura: Mateo 8: 6, 29; Marcos 5: 7; Lucas 8: 28; Apocalipsis 9: 5; 11: 10; 14: 10; 18: 7,10,15.
Tou pyros, de fuego: Mateo 13: 42.
Kolasin aionion, castigo eterno: Mateo 25: 46.

Con razón se aplica a los atalayistas lo que escribió Pablo, precisamente en el contexto de la parusía y el juicio final, sobre que vendrían tiempos

> «cuando no soportarán la sana doctrina; más bien, teniendo comezón de oír, amontonarán para sí maestros conforme a sus propias pasiones, y a la vez que apartarán sus oídos de la verdad, se volverán a las fábulas.» (2 Ti. 4: 3s)

En realidad, les guste o no a los *Testigos*, no es posible decidir qué cosas hayan entrado al corazón de Dios sobre la base de la propia opinión o el razonamiento humano. ¡Afortunadamente, Dios no nos ha dejado en tinieblas! El ha declarado solemnemente la bienaventuranza eterna de quienes le pertenecen, así como la igualmente eterna desgracia de sus enemigos.

En un libro que toda persona debería leer, mi hermano y amigo, Francis Grim, escribió:

> «Mi motivación es advertir y alentar. El infierno es la última morada de todo pecador no arrepentido ni regenerado; el cielo es el hogar eterno de todo aquel que ha abandonado su pecado y ha aceptado a Jesucristo como su Señor y Salvador.
>
> Jesús dijo más sobre el infierno que cualquier otro personaje bíblico, y se refirió a aquél más que al cielo. El es nuestra autoridad máxima sobre el tema, y el predicador más enérgico y claro sobre el infierno. Le reconocemos como el Camino, la Verdad y la Vida, y debemos aceptar como fidedigno lo que El enseña sobre el infierno. Prácticamente todo lo que sabemos sobre el infierno lo hemos aprendido de El... Juan, el apóstol del amor, es el que, después de Jesús, hace más referencias al infierno. La Biblia es la única fuente de información autorizada acerca de la morada eterna de los perdidos. *Debemos creer en lo que dice acerca del infierno, pues de otro modo no podemos creer nada de lo que dice sobre Dios, el cielo, el pecado, la salvación y Jesús*».[26]

Sea que nos guste o no, las Escrituras advierten claramente que el destino eterno de cada uno queda determinado por lo que haya hecho en esta vida.[27]

Dios ha dicho en su palabra que no dejará impune el pecado. En Hebreos 10: 31 leemos: «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!».

Considérense los siguientes pasajes:

Mateo 13: 41s, «El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que causan tropiezos y a los que hacen maldad, y los echarán al horno de fuego.»

Mateo 25: 46, «Entonces estos irán al tormento eterno, y los justos a la vida eterna.»

Apocalipsis 20: 10,15, «Y el diablo que los engañaba fue lanzado al lago de fuego y azufre ... serán atormentados día

y noche por los siglos de los siglos ... Y el que no fue hallado en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.»

2 Tesalonicenses 1: 8s, «Los que no han conocido a Dios y no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús. Ellos serán castigados con eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder.»

La doctrina bíblica acerca del destino eterno de los inicuos puede ser desagradable para nosotros, mas no deja de ser clara. El castigo de los enemigos de Dios no se nos presenta como la sencilla y casi piadosa aniquilación total. El «llanto y crujir de dientes» que Jesús mencionó indica, una vez más, un estado de subsistencia consciente, y, según Juan, el humo del tormento de los condenados subirá eternamente (Ap. 14: 11). Aunque pensemos que hay mucho de metafórico en estas expresiones, es necesario advertir a los *Testigos,* y a nuestro prójimo en general que la realidad que anuncian es *mucho más solemnemente terrible* que lo que el lenguaje puede transmitir.

Los huecos razonamientos de la *Sociedad Atalaya* no librarán a nadie de este espantoso y perpetuo castigo. Sólo el evangelio de Jesucristo tiene el poder de rescatarnos. La duración del estado final no está en proporción con el tiempo durante el cual se hizo el mal aquí en la tierra, como *tampoco* la vida de eterna bienaventuranza de los salvos ha de ser proporcional al tiempo durante el cual éstos creyeron en Cristo e hicieron el bien.

La duración e intensidad del castigo, por el contrario, guarda relación con la dignidad e infinita majestad de Aquel a quien se ha ofendido, desobedecido y despreciado. La biblia enseña que los pecadores no arrepentidos serán resucitados para ser arrojados en cuerpo y alma al lago de fuego, por toda la eternidad.[28] *¡El castigo de los malvados será tan perdurable como la vida eterna de quienes son de Cristo!*